

Religión



Oraciones por Rama:

Oración de la Colonia (Ángel de la guarda):

Dios, bendice al castor de mi derecha. Dios, bendice al castor de mi izquierda; y por favor querido Dios, bendice al castor del medio.

Oración de la Manada (SAN FRANCISCO DE ASÍS):

Señor Jesús, que fuiste niño como yo te doy mi corazón todo entero. Llévalo de tus virtudes y enséñame a imitarte. Yo quiero seguir siempre mejor tus ejemplos con la ayuda de la Virgen, tu dulce madre, madre mía. Yo quiero crecer en la virtud como crezco en edad. Así sea.

Oración de la Ronda (VIRGEN NIÑA):

Señor Jesús, enséñanos a conocerte y amarte cada vez más, a ser bondadosos como Tú. Quédate con nosotras, hoy y siempre, para que podamos con tu ayuda hacer siempre lo mejor. Así sea.

Oración Scout (SAN JORGE - SANTA JUANA DE ARCO):

Señor Jesús, Tú que me has dado este aviso: estar siempre listo y me has hecho la gracia de escogerlo por divisa, concédeme cumplir con él. Que en todas las circunstancias de mi vida me halle listo para el deber, amando lo que es verdadero, haciendo lo que es bueno. Fiel a la Iglesia y leal a la Patria. Siempre listo a perdonar, siempre pronto a socorrer. Alegre y sonriente en el sufrir; casto y puro de corazón. Estas son Señor las huellas de tus pasos; yo quiero seguirte a través de todo sin miedo y sin tacha, con el alma fuerte y la frente levantada. Esta es mi promesa de cristiano y scout, por mi honor no la traicionaré jamás, confiando Señor en tu bondad y en tu gracia. Así sea.

Oración Raider (SAN FRANCISCO JAVIER - SANTA ROSA DE LIMA):

Señor Jesús, enséñame a ser generoso; a servirte como Tú lo mereces; a entregarme a Ti sin reservas; a combatir sin preocuparme en las dificultades; a trabajar sin buscar reposo; y a sacrificarme sin esperar otra recompensa que la de hacer tu Santa Voluntad. Así sea.

Oración Rover (SAN PABLO - SANTA TERESA):

Dame Señor Jesús un corazón vigilante que ningún pensamiento vano aleje de Ti; un corazón noble que ningún afecto indigno rebaje; un corazón recto que ninguna maldad desvíe; un corazón fuerte que ninguna pasión esclavice; un corazón generoso para servir. Así sea.

Oración del scout adulto (SAN JOSÉ):

Señor Jesús, tu que nos retomas en el rebaño scout para continuar a tu servicio, dispuestos a todo, tu serás el guía de nuestros pasos por el camino del bien y de la virtud, Así sea.

Oración del Jefe: (SAN PEDRO):

Señor y Gran Jefe Jesús, que a pesar de mi pequeñez me has elegido para ser jefe y custodio de mis hermanos Scouts, has que mis palabras y mis ejemplos iluminen su marcha en la senda de tu ley. Has que sepa indicarles tus divinas huellas en la naturaleza que tu has creado. Que sepa enseñarles sus deberes y guiarlos en fin de etapa en etapa, hasta encontrarnos en el campo de la felicidad, donde tu has levantado tu carpa y la nuestra, para toda la eternidad, Así sea.



La vida de San Francisco Javier

Nacido en el Castillo de Xavier, cerca de Sangüesa, Navarra, el 7 de abril de 1506," murió en la isla de Sancian, cercana a la costa de China, el 2 de diciembre de 1552. En 1525, habiendo terminado unos estudios iniciales en su país, Francisco Javier fue a París, donde entró en la escuela de Sainte-Barbe. Aquí conoció a Fierre Favre, nacido en la región de Savoya, con quien comenzó una buena relación de amistad. En esta misma escuela San Ignacio de Loyola, que ya planeaba la fundación de la Compañía de Jesús, residió durante un tiempo como invitado en 1529. Pronto se ganó la confianza de los dos jóvenes; primero Favre y posteriormente Javier se ofrecieron para la formación de la Compañía. A ellos se unieron otros cuatro: Lainez, Salmerón, Rodríguez y Bobadilla; y los siete realizaron el famoso voto de Montmartre, el 15 de agosto de 1534.

Después de completar sus estudios en París y haber ocupado allí el puesto de profesor durante un tiempo, Javier abandonó la ciudad con sus compañeros el 15 de noviembre de 1536 y volvió sus pasos hacia Venecia, donde demostró su afán y caridad atendiendo a los enfermos en los hospitales. El 24 de junio de 1537 recibió la Ordenación Sacerdotal con San Ignacio. Al año siguiente fue a Roma, y después de realizar trabajo apostólico durante algunos meses, en la primavera de 1539 participó en las conferencias que San Ignacio mantuvo con sus compañeros, preparando la fundación de la Compañía de Jesús. La orden fue aprobada verbalmente el 3 de septiembre, y antes de que fuera emitida la aprobación escrita (para lo que había que esperar un año más), Javier fue encargado de la evangelización de las Indias Orientales, a raíz de la petición en firme del rey de Portugal, Juan III. Abandonó Roma el 16 de marzo de 1540 y llegó a Lisboa hacia junio. Allí permaneció nueve meses, dando múltiples ejemplos admirables de celo apostólico.

El 7 de abril de 1541 embarcó en un navío con rumbo a la India, y después de un viaje tedioso y peligroso llegó a Goa el 6 de mayo de 1542. Pasó los primeros cinco meses predicando y atendiendo a los enfermos en los hospitales. Recorría las calles haciendo sonar una campanita e invitando a los niños a oír la Palabra de Dios. Cuando había reunido un grupo, los llevaba a la iglesia y les explicaba el catecismo. Hacia octubre de 1542 comenzó a predicar en los criaderos de perlas de



la costa sur de la península, deseoso de restaurar el Cristianismo, religión que, aunque introducida años antes, había casi desaparecido debido a la falta de sacerdotes. Dedicó casi tres años a la predicación a las gentes del oeste de India, convirtiendo a muchos, y llegando en sus viajes incluso a la isla de Ceilán (Sri-Lanka. N.del t). Muchas fueron las dificultades y penas a que Javier tuvo que enfrentarse, algunas veces por motivo de las crueles persecuciones que algunos pequeños reyes del país llevaron a cabo contra los neófitos, y también porque los soldados portugueses, lejos de apoyar el trabajo del Santo, lo retrasaban con su mal ejemplo y hábitos viciosos.

En la primavera de 1545 Javier partió hacia Malaca. Trabajó allí durante los últimos meses de aquel año y, aunque recogió una abundante cosecha espiritual, no fue capaz de erradicar determinados abusos, y era consciente de que muchos pecadores habían resistido a sus esfuerzos por devolverlos a Dios. Hacia enero de 1546, Javier dejó Malaca y fue a las Islas Molucas, donde los portugueses tenían varios asentamientos, y durante año y medio predicó el Evangelio a los habitantes de Amboyna, Témate, Baranura y otras islas menores que ha sido difícil identificar. Algunos sostienen que durante esta expedición desembarcó en la isla de Mindanao y por esta razón San Francisco Javier has sido llamado el primer Apóstol de las Filipinas. Pero aunque esta afirmación fue hecha por algunos escritores del siglo diecisiete, y en la Bula de canonización en 1623 se dice que predicó el Evangelio en Mindanao, hasta el día de hoy no se ha probado que San Francisco Javier llegara alguna vez a Filipinas.



En Julio de 1547 estuvo de nuevo en Malaca. Aquí conoció a un japonés llamado "Ira" (Hansir), del que obtuvo mucha información acerca de Japón. Su entusiasmo creció ante la idea de introducir el Cristianismo en Japón, pero por un tiempo los asuntos pendientes de la Compañía exigían su presencia en Goa, donde regresó llevando a Ira con él. Durante los seis años que Javier había estado trabajando entre los infieles, otros misioneros Jesuítas llegaron a Goa, enviados desde Europa por San Ignacio. Además, alguien nacido en el país había sido recibido en la Compañía. En 1548 Javier envió a estos misioneros a los principales núcleos de la India, donde él había establecido misiones, para que el trabajo pudiera ser preservado y continuado. También estableció un noviciado y una casa de estudios, y habiendo recibido en la Compañía al Padre Cosme de Torres, un sacerdote español al que había conocido en las Molucas, partió con él y con el Hermano Juan Fernández hacia

Japón a finales de junio de 1549. El japonés Ira, que había sido bautizado en Goa con el nombre de Pablo de Santa Fe, les acompañaba.



Llegaron a la ciudad de Kagoshima, en Japón, el 15 de agosto de 1549. El primer año fue dedicado en su totalidad al aprendizaje del japonés y a la traducción al mismo, con la ayuda de Pablo de Santa Fe, de los principales artículos de fe y pequeños tratados que iban a ser empleados en la predicación y catequesis. Cuando fue capaz de expresarse, Javier comenzó a predicar y logró algunas conversiones, pero ello hizo despertar los malos sentimientos de los bonzos, que le expulsaron de la ciudad. Abandonando Kagoshima hacia agosto de 1550, se dirigió hacia el centro de Japón, y predicó el Evangelio en algunas ciudades del sur del país. A finales de año llegó a Meaco, por aquel entonces la principal ciudad de Japón, pero no fue capaz de hacer progresos por las disensiones existentes. Volvió sobre sus pasos hacia el centro de Japón y durante 1551 predicó en algunas ciudades importantes, formando el núcleo de varias comunidades Cristianas, que aumentaron con rapidez extraordinaria.

Después de trabajar casi dos años y medio en Japón, dejó su misión a cargo del Padre Cosme de Torres y del Hermano Juan Fernández, y regresó a Goa, llegando allí a principios del año 1552. En Goa le esperaban problemas domésticos. Había que solventar determinados desacuerdos entre el superior, que había sido dejado a cargo de las misiones, y el rector de la escuela. Cuando este problema estuvo solucionado, Javier volvió a pensar en China y comenzó a planear una expedición allí. Durante su estancia en Japón había oído mucho acerca del Imperio Celestial, y aunque probablemente no tenía idea aproximada de su extensión y grandeza, comprendió que se trataba de un campo enorme para la expansión de la luz del Evangelio. Con la ayuda de algunos amigos organizó una comisión o embajada ante el Soberano de China, obtuvo el nombramiento de embajador del Virrey de la India y, en abril de 1552, abandonó Goa. En Malaca el grupo tuvo dificultades debido a la influencia de los portugueses, que no estaban de acuerdo con la expedición, pero Javier supo cómo solucionarlo y en otoño llegó a la pequeña isla de Sancian, frente a la costa de China, a bordo de un navio portugués. Mientras planeaba la mejor forma de llegar al continente, cayó enfermo y como el movimiento del barco parecía empeorar su condición, fue llevado a tierra. Allí le prepararon una pésima cabaña para cobijarlo y en este lugar miserable, expiró.

Es realmente motivo de admiración que un hombre en el corto espacio de diez años (6 de mayo de 1542 — 2 de diciembre de 1552) pudiera haber visitado tantos países, atravesado tantos mares, predicado el Evangelio a tantas naciones y convertido a tantos infieles. El incomparable empuje apostólico que le animó, y los estupendos milagros que Dios realizó a través de él explican esta maravilla, que no tiene parangón. La lista de los principales milagros puede ser encontrada en la Bula de canonización. San Francisco Javier es considerado el mayor misionero desde la época de los

Apóstoles, y el entusiasmo que mostró, los maravillosos milagros que realizó, y el enorme número de almas que trajo a la luz de la Fe verdadera, le hacen merecedor de tal distinción.



Fue canonizado con San Ignacio en 1622, aunque debido a la muerte de Gregorio XV la Bula de canonización no fue publicada hasta el año siguiente.

El cuerpo del santo sigue siendo venerado en Goa, en la iglesia que antiguamente perteneció a la Compañía. En 1614 por orden de Claudio Acquaviva, General de la Compañía de Jesús, el brazo derecho fue cortado a la altura del codo y enviado a Roma, donde para recibirlo se erigió el altar existente actualmente en la iglesia de los Jesuitas.

La vida de San Ignacio de Loyola

FUNDADOR DE LA "COMPAÑÍA DE JESÚS" (1491-1556)

"Tenía un alma mayor que el mundo", dice Gregorio XV en la Bula de canonización, y en la Misa del Santo dice la Iglesia que fue el instrumento providencial para la extensión del reinado de la Mayor Gloria de Dios. La característica de la santidad de San Ignacio esta en el adjetivo, que en el es verdadera sustancia. La mayor gloria frente a la simple gloria; el acto intenso en oposición el remiso, el señalarse y distinguirse en el servicio del Rey Eterno, que huye del mero contentar el alma i el afectarse intensamente y hacer oblaciones de mayor estima y momento, procurando siempre todo servicio y gloria de la su Divina Majestad.

La vida de San Ignacio se divide en tres periodos, que reflejan la misma grandeza de alma, la ascensión constante hacia la cumbre.

En los treinta primeros -1491 a 1521- fue cortesano y pecador, soldado vano y desgarrado. Desde 1521 hasta 1540 se hace penitente, estudiante, peregrino del ideal de la Mayor Gloria de Dios. En 1540 hasta su muerte, que ocurre en 1556, llega a la posesión del ideal e Ignacio es Capitán de la Compañía de Jesús, Legislador y vencedor en muchas batallas.

El menor de doce hermanos "era recio y valiente, muy animoso para emprender cosas grandes, de noble animo y liberal, y tan ingenioso y prudente en las cosas de mundo, que en lo que se ponía y aplicaba se mostraba siempre para mucho". "Comenzando a





hervirle la sangre", "brioso y de grande ánimo", se dio desde un principio a todos los ejercicios de armas, procurando "aventajarse" sobre todos sus iguales, con deseo de alcanzar nombre de "valeroso". Para sus sueños de ambición humana encontró un protector en el noble caballero de Arevalo, Juan Velázquez de Cuellar, contador mayor de Castilla. De paje asciende a oficial del Duque de Najera, virrey de Navarra.

Un día va solo por la acera y frente a él viene una multitud de gente que no le cede el paso, sino que lo empuja contra la pared. Ignacio saca su espada y arremata contra todos, dispuesto a matar y morir por defender su honor.

Sitiada Pamplona por los franceses, Ignacio está allí como capitán. El peligro es grande. No hay sacerdote y él pide perdón a Dios y confiesa sus pecados a un compañero. Tanta es su fe de cristiano.

El comandante Herrera y otros capitanes quieren rendirse. Ignacio se interpone y su valor decide la resistencia hasta el final. Solo al caer herido por una bala de cañón, Pamplona se rinde al francés.

Caído el cuerpo, el alma sigue en pie. Tuvo que sufrir curas muy dolorosas; los huesos desenchajados tuvieron que ponerse en su sitio. "Nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños".

Le había quedado un hueso "encabalgado" sobre otro, de manera que las piernas no resultaban iguales. Y se hace cortar el hueso con un dolor más vivo que el de las curas, "para poder llevar una bota muy justa y pulida". Le quisieron atar, pero se opuso. Luego hubo que alargarle la pierna y cortarle el hueso con la sierra; y para eso se sometió a una especie de caballete o potro, verdadero instrumento de tortura.

En la larga convalecencia de Loyola caen providencialmente en sus manos la vida de Cristo y de los Santos. Su alma empieza a abrirse a un mundo nuevo de grandeza. Si en la noche del mundo quería ser el primero, ahora, en el día de su conversión, tiene que sobresalir.

"San Francisco hizo, pues yo lo tengo de hacer, Santo Domingo esto, pues yo lo tengo también de hacer".

Aún antes de hacer su confesión general, en la que tardó tres días, no le preocupaban tanto sus pecados, cuanto el hacer cosas grandes por Dios. Para imitar a los Santos deja su casa, los vestidos ricos y se esconde en la cueva de Manresa, en los hospitales; se viste un saco de penitencia, se deja crecer el cabello y las uñas; hace hasta siete horas de oración al día y pasa una semana entera sin probar ni beber nada. Pasa una noche entera en pie velando sus armas ante la Señora de sus nuevos ideales y amores, la Virgen de Montserrat, y emprende una peregrinación a Tierra Santa descalzo de pie y pierna. En Barcelona es apaleado y queda medio muerto; al acostarle los amigos

ven que su vestido interior es un asperísimo asco. En 1535, al hacerle un cura, le encuentran la espalda encameras y medio podridas por las disciplinas.



Había pensado quedarse en Tierra Santa para la conversión de los turcos. Fue voluntad de Dios que se volverá y comprende en Barcelona que debe estudiar para el apostolado y entra en las clases de latín con niños de diez y doce años, cuando el cuenta ya 33; y al maestro, que le guarda ciertas consideraciones, le pide de rodillas que lo castigue siempre que no sepa la lección.

Para sus estudios de filosofía y teología peregrina hasta Alcalá, Salamanca y París, ejercitando el apostolado y la predicación, haciendo limosnas a estudiantes pobres, con el dinero que el mendiga para sus necesidades. El ideal de la mayor gloria de Dios va tomando cada día formas mas concretas. Los primeros compañeros de Alcalá y Salamanca le familiarizan y en París encuentra los que han de ser capitanes de la Compañía de Jesús, que el ha de dirigir como General.

El primero que se le juntó para nunca dejarlo fue Fabro, sigue Javier (Patrono de la Tropa Raider), luego Lainez, Salmerón, Rodríguez, Bobadilla. El 15 de agosto de 1534 hacen sus primeros votos en Montmartre y nace la Compañía de Jesús, que es confirmado por Paulo TU, en 1540.

El concepto de San Ignacio sobre el mundo es guerrero, Dios es el emperador. Todo debe convergir a su gloria. El Generalísimo en la tierra, es el Papa; por eso pone a los pies del Pontífice a su Compañía y le hace que se pronuncie el cuarto voto de "especial obediencia al Sumo Pontífice en lo que se refiere a Misiones entre herejes y paganos".

Había que conquistar los nuevos pueblos descubiertos y reconquistar los antiguos paganizados. Se necesitaban batallas y soldados que trabajasen mucho, comiesen poco, durmiese mal y luchasen siempre.

"El fin de esta Compañía es, no solamente atender a la salvación y perfección de las animas propias, con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos".

Bajo el gobierno de San Ignacio desde 1540 hasta 1556, en que muere en Roma, la Compañía de Jesús se consolida y multiplica, pelea las primeras y más gloriosas batallas por la mayor gloria de Dios. La ultima de las religiones, y el primero de sus Misioneros, Javier, lleva la fe hasta el centro de Japón,' otros se derraman por las islas de Oceanía, nunca visitadas por el celo apostólico; otros llegan al Indostán, Brasil y Etiopía. Fabro santifica con los Ejercicios de San Ignacio a lo más granado de las Cortes del Emperador, del Rey de Portugal y del Príncipe Don Felipe. Lainez y Salmerón asombran con su talento y sabiduría la mas augusta asamblea del orbe; se abren colegios y universidades en toda Europa, y en Roma el Colegio Romano y Germánico para la formación de Apóstoles. Al morir dejaba un millar de hijos, que con el tiempo se habían de multiplicar hasta los 28.000 jesuitas que hoy están esparcidos por todo el mundo bajo las órdenes directas del Papa,

animados de su propio celo y grandeza de alma, que resume aquella meditación del Rey Temporal.



"Los que mas se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano harán oblaciones de mayor estima y momento...: que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitarlos en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual".

Aquí esta retratada el alma santa y grande de San Ignacio. Alguien ha podido mirarla como un santo guerrero con las manos juntas y apretadas, los ojos bajos meditativos, los labios bien cerrados, la frente ancha y arrugada del esfuerzo.

Los que así imaginan a San Ignacio olvidan que tenía un corazón tierno como el de un niño y blando como el de un padre.

En las Meditaciones del Nacimiento se hace un esclavito indigno para contemplar y servir a la Virgen y al Niño; en la peregrinación a Tierra Santa va sembrando aquellos Lugares Benditos con los suspiros y amores del Pobrecillo que contener la devoción sensible, porque los médicos le han dicho que le hacen daño tantas lágrimas.

Con sus hijos es el padre que se interesa por todos y por las cosas más pequeñas.; que lleva todos en el corazón y, sobre todo, a los más traviesos y revoltosos.

Como fundador de la Compañía de Jesús, Dios le dio en síntesis todos los dones y virtudes que después había de repartir en manera tan amplia entre tantos y tantos Jesuitas santos.

Hombre de gran fe, de virtudes sólidas y perfectas, vivió en la tierra solo para Dios y para las almas, y hoy vive en el cielo, para ayudarnos a todos los que luchamos por las batallas del Señor. Su intercesión es especialmente poderosa contra el poder oculto del demonio.